



**ARZOBISPADO DE SANTIAGO - Homilía del Domingo de Pascua - Campus
San Joaquín UNIVERSIDAD CATÓLICA –
Santiago, domingo 12 de abril de 2020**

"No está aquí. Ha resucitado"

Hermanos y Hermanas, alegrémonos de corazón. Ésta es la Buena Noticia por excelencia. En medio de tantas informaciones tristes o preocupantes que nos llegan en este tiempo que nos toca estar confinados en nuestros hogares, los cristianos hemos escuchado con gozo el anuncio del evangelio: Dios ha dicho un "si" decisivo a la humanidad al resucitar de entre los muertos a su Hijo y Hermano nuestro, Cristo Jesús, que se había entregado a la muerte por solidaridad con todos nosotros. Aunque muchos no se hayan enterado, ha sido un inmenso regalo para toda la humanidad. Los cristianos tenemos motivos muy válidos para cantar con convicción lo que nos ha hecho repetir el salmo de hoy: ***"Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo"***.

Los cristianos hablamos casi siempre de la resurrección de Cristo como de un acontecimiento que constituye el fundamento de nuestra propia resurrección y es promesa de vida eterna, más allá de la muerte. Pero, muchas veces, se nos olvida que esta resurrección de Cristo es, al mismo tiempo, el punto de partida para vivir ya desde ahora de manera renovada y con un dinamismo nuevo. Quien ha entendido un poco lo que significa la resurrección del Señor, se siente urgido a vivir ya esta vida como un proceso de resurrección, muriendo al pecado y a todo aquello que nos deshumaniza, y resucitando a una vida nueva, más humana y más plena.

No hemos de olvidar que el pecado no es sólo ofensa a Dios. Al mismo tiempo, es algo que paga siempre con la muerte, pues mata en nosotros el amor, oscurece la verdad en nuestra conciencia, apaga la alegría interior, arruina nuestra dignidad humana. Por eso, vivir resucitando es hacer crecer en nosotros la vida, liberarnos del egoísmo estéril y parasitario, iluminar nuestra existencia con una luz nueva, reavivar en nosotros la capacidad de amar y de crear vida.

Tal vez, el primer signo de esta vida renovada es la alegría. Esa alegría de los discípulos al ver al Señor. Una alegría que no proviene de la satisfacción de nuestros deseos, ni del placer que producen las cosas poseídas, ni del éxito que vamos logrando en la vida. Una alegría diferente que nos inunda desde dentro y que tiene su origen en la confianza total en ese Dios que nos ama por encima de todo, incluso, por encima de la muerte.

A nosotros los creyentes se nos inunda el espíritu de una alegría y de un amor tal que, si fuera posible, acogeríamos a todos los hombres en nuestro corazón, sin distinguir entre buenos y malos. Es cierto. **Esta alegría pascual nos impulsa a perdonar y acoger a todos los hombres**, incluso a los más enemigos, porque nosotros mismos hemos sido acogidos y perdonados por Dios.

Por otra parte, de esta experiencia pascual nace una actitud nueva de esperanza frente a todas las adversidades y sufrimientos de la vida, una serenidad diferente ante los conflictos y problemas diarios, una actitud nueva en este tiempo así particular que nos toca vivir frente al coronavirus, una paciencia grande con cualquier persona.

Esta experiencia pascual es tan central para la vida cristiana que puede decirse sin exagerar que ser cristiano es, precisamente, hacer esta experiencia y desgranarla luego en vivencias, actitudes y comportamiento a lo largo de la vida. **Este es un tiempo en donde podemos transmitir la alegría pascual a nuestras familias**, hacer más profundas nuestras relaciones, decirnos palabras de cariño que muchas veces olvidamos o viviendo una vida apurada no tenemos tiempo para decirnos "te quiero".

Cada uno en su ambiente – niños, jóvenes, familia, escuela, mundo de los enfermos y los marginados, medios de comunicación, trabajo profesional, comunidad religiosa – debemos ser testigos de la Pascua de Jesús, contagiando a los demás, sin demasiados discursos, pero si con una vida convincente, dinámica, alegre y auténtica.

Dejémonos llenar del mismo Espíritu de Dios que llenó a Jesús. Este año, especialmente, Pascua tendría que ser para nosotros totalmente llena del Espíritu del Resucitado. O sea, llena de vida, de energía, de novedad, de aire fresco, tanto personalmente como en la comunidad eclesial, con la cual estamos comunicándonos en forma virtual. Separados físicamente pero unidos en el corazón.

Hermanos, dejemos actuar en nosotros al Espíritu de Dios: el que resucitó a Jesús quiere resucitarnos también a nosotros. Y así, Pascua no sólo será fiesta por Cristo, sino también por cada uno de nosotros.

Creer es ser testigos de la resurrección. Creer es resucitar, vencer ya en esta vida. La fe en la resurrección de Jesús es la única fuerza capaz de disputar a la muerte, y a los ejecutores de la muerte.

La muerte es el gran enemigo, el mayor enemigo del hombre. El poder de la muerte se evidencia en el hambre, en las enfermedades y catástrofes, en la violencia y el terrorismo, en la explotación, en la marginación, en las injusticias, en todo cuanto mortifica a los hombres y a los pueblos.

Creer en la resurrección es sublevarse ya contra ese dominio de muerte. Es trabajar por la vida, por la convivencia en paz. Es trabajar y apoyar a los pobres y marginados, a los desprotegidos, a los oprimidos. Porque sólo trabajando para la vida puede resultar creíble la fe en una vida eterna y feliz.

Nosotros anunciamos la resurrección de Cristo:

Cuando su luz ilumina los momentos oscuros de nuestra existencia y podemos compartirla con los demás.

Cuando sabemos sonreír con quien sonríe y llorar con quien llora.

Cuando caminamos junto a quien está triste y corre el riesgo de perder la esperanza.

Cuando transmitimos nuestra experiencia de fe a quien está en búsqueda de sentido y de felicidad.

Ésta es la buena noticia que estamos llamados a anunciar a los demás: **"¡Cristo ha resucitado!"**.

A todos y a cada uno de ustedes FELIZ PASCUA DE RESURRECCIÓN.

**+Monseñor Alberto Lorenzelli SDB
Obispo Auxiliar de Santiago**